

dia voluntariamente, bien; pero si se resistía, se emplearía la fuerza. Apoderarse de su persona era de todas maneras indispensable. Teniendo en su poder al monarca, nadie se atrevería á intentar un movimiento contra los españoles. Si accedía sin oposicion, los mejicanos creerían que había sido un acto espontáneo del soberano, por gozar de la compañía de sus huéspedes; y dejándole ejercer su soberanía, podían descansar sin temor y alcanzar las ventajas que se habían propuesto al acometer la empresa.

La idea de Hernan Cortés, que parecía mas bien creación de uno de esos héroes maravillosos de las leyendas de caballerías, que concepcion meditada por un hombre pensador, fué acogida con entusiasmo por los mas distinguidos capitanes de su ejército, jóvenes de imaginacion inflamable, dispuestos siempre á las empresas atrevidas. Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y otros no menos resueltos, se ofrecieron á ejecutar el atrevido pensamiento.

Aceptado el plan propuesto por Cortés, se aplazó la ejecucion para el siguiente dia.

Preocupado el caudillo español con el pensamiento que iba á ponerse en obra, no pudo entregarse al sueño; y toda la noche se le escuchó pasear de un lado á otro de su cuarto, esperando con impaciencia la luz del nuevo dia.

Su gloria ó su ruina dependian del éxito que tuviese el atrevido golpe dispuesto.

¿Cuál sería el resultado de su disposicion?

Los acontecimientos contestarán á nuestra pregunta.

## CAPITULO IV

*Prision de Moctezuma.—Es conducido á los cuarteles españoles.—Dice al pueblo que va por su voluntad.—Ejerce su autoridad como en su palacio.—Llega Quauhpopoca y los que tomaron parte en la muerte de los españoles.—Moctezuma les reprende y los entrega á Cortés.—Se les condena á ser quemados.—Se ejecuta la sentencia enfrente del palacio de Moctezuma.—Se le ponen grillos á éste durante la ejecucion.—Despues de terminada, le quita los grillos el mismo Cortés.—Opinion de algunos escritores sobre este hecho y errores en que han incurrido.*

1519. La mañana del 7 de Noviembre se pre-  
Noviembre 7. sentó clara y risueña.

Los soldados españoles, que habían pasado las primeras horas de la noche en oracion, pidiendo al cielo que protegiese la empresa, se encontraban dispuestos para recibir las órdenes de su general (1).

(1) «Toda la noche—dice Bernal Diaz—estuvimos en oracion con el Padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio.»



Hernan Cortés puso sobre las armas á todas sus tropas, y las situó en los puntos del cuartel que juzgó mas convenientes.

Dispuesto lo necesario y dadas las instrucciones para obrar con acierto, solicitó una audiencia de Moctezuma, que le fué concedida inmediatamente. El emperador azteca no podia extrañar la visita del caudillo español, puesto que casi diariamente solia hacerle alguna, precediendo siempre la súplica.

Alcanzado el permiso, Hernan Cortés eligió cinco de sus mas adictos y valientes capitanes para que le acompañasen. Esos capitanes, que poseian no menos bizarría y espíritu caballeresco que su denodado caudillo, fueron Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Avila y Francisco de Lugo. Todos, lo mismo que el jefe español, estaban completamente armados. Esta circunstancia no podia alarmar de ninguna manera al monarca mejicano, puesto que siempre se habian presentado de igual manera en las anteriores conferencias.

Llegada la hora dispuesta para la visita, salió Hernan Cortés con sus cinco capitanes, llevando de intérpretes á Gerónimo de Aguilar y á Marina, hácia el palacio de Moctezuma que, como queda dicho, se hallaba bastante próximo.

Pocos instantes despues se dirigian, como á visitar el palacio, pero no juntos, sino de dos en dos, veinticinco soldados, que tenian la órden de ir entrando en el salon en que se celebrase la reunion, como atraidos por la curiosidad.

El caudillo castellano y sus oficiales fueron recibidos, con la afabilidad de costumbre, por el monarca azteca, en la sala de audiencia. Moctezuma, muy ajeno de pensar que el objeto de la visita envolvia ningun daño contra su persona, hizo que tomasen asiento; les regaló algunas joyas de oro, y presentó á Cortés una de sus hijas, dándosela por mujer, como prueba de su mas alta distincion, así como á sus capitanes otras de distinguidos caciques (1). El general castellano manifestó su gratitud con expresiones las mas atentas; pero se excusó de recibirla, diciendo que estaba casado en Cuba y que su religion no permitia al hombre tener mas que una esposa.

La conversacion giró en seguida sobre varios asuntos agradables, manifestándose Moctezuma sumamente afable y contento.

Viendo Cortés que el tiempo pasaba en asuntos que le separaban del objeto importante, dejó el estilo festivo que hasta entonces habia usado, y dando á su semblante un aire serio y noble, expresó el asunto que habia motivado aquella visita. Puso en conocimiento de Moctezuma la muerte alevosa dada por su gobernador Quauhpopoca á los españoles enviados por Escalante; la insultante contestacion al jefe español, provocando á un combate á la guarnicion de Veracruz, resultando la muerte del comandante de la villa y de algunos otros soldados, cuando se le habia ofrecido paz y buena amistad. Se veia en la obligacion de dar cuenta á su monarca de la muerte de sus

(1) «Y de haberme el dado algunas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores á algunos de mi compañía, le dije, etc».—Cortés. Segunda carta á Carlos V.



compatriotas, y para cumplir con el deber de enviado, se habia visto precisado á tomar informes del hecho. Según ellos, las acusaciones recaian sobre el emperador de Méjico, pues las desagradables escenas se habian ejecutado por orden suya.

Moctezuma, despues de haber escuchado sorprendido los hechos referidos por Cortés, negó haber ordenado al jefe azteca nada contra los cristianos. Para desvanecer hasta la mas leve duda, le ofreció que haria comparecer en la corte á Quauhpopoca, poniéndole en sus manos, á fin de que, viendo que habia obrado arbitrariamente, le aplicase el castigo que apreciase justo. Dichas estas palabras, el emperador llamó á dos de sus cortesanos, y tomando de un cordon de oro que llevaba en el brazo una piedra en que estaba grabada la imágen del dios de la guerra, que era su sello real, se la entregó, diciendo que se pusiesen inmediatamente en camino, y trajesen al jefe azteca y á los principales que habian intervenido en el hecho.

Los cortesanos salieron sin detenerse un instante á ejecutar la orden recibida. Hernan Cortés se manifestó satisfecho de la distinguida deferencia del monarca que argüia en favor de su inocencia. Dijo que nunca habia llegado á dudar de ella; pero que, obligado á esclarecer los hechos para referirlos con exactitud á su soberano, se habia visto en la dura precision de dar aquel desagradable paso. «Ahora, agregó, solo falta que nos deis la última prueba de vuestra benevolencia, con la cual vuestros vasallos, que están en la creencia de que por orden vuestra se han cometido los atentados contra los españoles, se convenzan,

como nosotros, de que han estado en un lamentable error.» Cortés terminó diciendo, que la prueba que acabaria de convencer á los calumniadores del favor del monarca hácia los extranjeros, seria que trasladase su residencia á los cuarteles españoles, mientras llegaba Quauhpopoca á dar cuenta de su reprobable conducta.

Moctezuma se sorprendió con la proposicion de Cortés. Por muy estudiadas y atentas que fuesen las palabras del caudillo español para no ofender la dignidad del monarca azteca, era imposible que no penetrase en el fondo de ellas la clara inteligencia del emperador mejicano. Conoció el intento del jefe castellano. Se turbó un instante; pero sucediendo bien pronto á la turbacion el sentimiento de la dignidad, exclamó con noble altivez: «¿En dónde ha llegado á verse que los reyes se dejen llevar prisioneros?»

Hernan Cortés le aseguró que no se trataba de humillar su dignidad, ni de llevarle prisionero. Le dijo que nadie extrañaria verle mudar de residencia, puesto que el cuartel en que estaban los españoles habia sido el palacio de su padre, muchas veces habitado por él mismo. Le aseguró que allí ejerceria su autoridad y entenderia en los negocios de su gobierno, lo mismo que hasta entonces; que estaria rodeado de su familia y de su servidumbre; y que trataria con su pueblo sin alterar en nada sus costumbres.

«Respecto de nosotros, añadió, yo os empeño mi palabra de que estareis tan honrado y bien servido, como podeis estarlo por vuestros mas leales vasallos.»

Moctezuma insistió en que no podia dar un paso que repugnaba á su dignidad. «Si yo llegase á envilecer mi persona accediendo á vuestros deseos, mis vasallos se le-



vantarian para impedirlo». Viendo que Cortés no desistía, ofreció dar, en rehenes, un hijo y dos hijas, mientras llegaba el acusado Quauhpopoca.

No habiendo sido admitida su proposición, continuó manifestando su desagrado en lo que de él se solicitaba.

Dos horas transcurrieron en aquellas desagradables contestaciones, hasta que, disgustado por la tardanza que podía serles perjudicial, el joven y valeroso capitán Velázquez de León, exclamó con rudo acento: «Basta ya de palabras; ó le llevamos preso, ó le daremos muerte» (1).

Moctezuma, al oír la imponente voz y ver el airado gesto del impaciente oficial, perdió su serenidad, y preguntó sobresaltado á Marina lo que decía. La graciosa intérprete le explicó lo que había dicho, suavizando en lo posible la amenaza; y le aconsejó que accediese á lo que Cortés le pedía sin temor ninguno. «Id; pues segura estoy de que sereis tratado con todas las consideraciones debidas á un gran monarca; al paso que si rehusais, os exponéis á que os den aquí la muerte» (2).

Las palabras de Marina hicieron comprender al monarca azteca que era inútil su resistencia. Débil y supersticioso, se amortiguó su espíritu y le abandonó el sentimiento de su dignidad, que poco antes había manifestado. Miró sobresaltado á su derredor; y al encontrarse su

(1) «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso, ó le daremos de estocadas.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «Lo que yo os aconsejo es que os vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo sé que os harán mucha honra como gran señor que sois; y de otra manera aquí quedareis muerto; y en su aposento se sabrá la verdad.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

mirada con los severos rostros de los extranjeros, cuya brillante armadura les daba un aspecto aun mas guerrero, creyó realizada la profecía de su caída; se juzgó abandonado de sus dioses; y dominado del supersticioso terror que embargó su razón desde el arribo de los españoles á las playas de Veracruz, consintió en ir á los cuarteles castellanos; en abandonar el magnífico palacio donde había sido visto por sus vasallos casi con veneración, y de donde iba á salir como triste prisionero. No había heredado el monarca azteca el valor de su padre Axayacatl, ni el temerario arrojo de Moctezuma primero. Si hubiera alentado un corazón heróico, dispuesto al peligro, como alentaron sus predecesores, en vez de amilanarse ante la amenaza de unos cuantos extranjeros, hubiera llamado á sus guardias; y antes que permitir que se ultrajase su dignidad, hubiera muerto luchando, dejando á la posteridad un nombre glorioso. Pero su corazón se hallaba poseído de una invencible preocupación que supe ditaba su esfuerzo y que le encadenaba á un fatal destino. No carecía de patriotismo ni de elevados sentimientos; pero no pudiendo hacerse superior á las preocupaciones que dominaban á la sociedad en que vivía, creyó que debía resignarse á la voluntad de los dioses.

Manifestada su disposición en pasar á la residencia de los españoles, mandó que se le dispusiese inmediatamente la real litera. Al mismo tiempo llamó á los nobles que se hallaban en los salones inmediatos, y les manifestó que había resuelto pasar algunos días con sus apreciables huéspedes; y que, por lo mismo, se adelantasen á disponer las habitaciones que había elegido, y que eran



las que ocupaban un punto importante del palacio (1).

Hernan Cortés le dió las gracias por haber accedido á sus pretensiones, asegurándole de nuevo que ejercería su poder de igual manera que lo habia ejercido hasta entonces.

Los capitanes castellanos se acercaron á protestarle respeto y amistad; y el mismo Velazquez de Leon, deseando manifestarle su aprecio, le dió una satisfaccion por las palabras que, dominado por la impaciencia, habia proferido, y le pidió perdon por ellas (2).

Poco despues entraron varios personajes, descalzos y con humildes vestiduras, como lo hacian siempre por respeto á la persona real cuando se presentaban á ella. Cuatro de ellos llevaban las ricas andas, y los demás iban para formar su séquito. Al sentarse Moctezuma en ellas, los nobles las cogieron llorando y en el mayor silencio, dejando ver en sus rostros los señales de una profunda tristeza (3).

Salió de la morada regia, con el mismo fausto y grandeza con que acostumbraba siempre que se presentaba en público. Los grandes de la corte y sus mas ilustres generales le acompañaban. Todos iban en la creencia, porque para dar á su debilidad un tinte honroso así les habia asegurado el monarca, que marchaba por su voluntad y por

(1) «Y mandó luego ir á aderezar el aposento donde él quiso estar, el cual fué muy puesto, y bien aderezado.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «Y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedian por merced que no hubiese enojo.»—Bernal Diaz del Castillo.

(3) «Traian unas andas; llorando lo tomaron en ellas con mucho silencio.»—Cortés. Segunda carta.

obsequiar la disposicion de los dioses á quienes habia consultado. El pueblo, admirado, se agolpaba á ver pasar al emperador, cuya resolución le habia llenado de asombro.

Cortés y sus capitanes, con algunos soldados, iban junto á él para guardarle, pero como si formasen una guardia de honor. La plebe, por ese instinto que rara vez le engaña, receló que allí se ejercia alguna presion sobre el monarca; y numerosas personas lloraban, y no pocas se arrojaban al suelo manifestando su pena y su desesperacion. Una sola palabra del soberano en aquellos instantes, hubiera bastado para que la ciudad entera se hubiera arrojado sobre los españoles, con el objeto de arrancar de su poder al cautivo monarca. Pero aquella palabra estaba muy lejos de ser pronunciada por los labios del rey. Muy al contrario; procurando calmar el descontento que en sus vasallos notaba contra los extranjeros, les dijo, por medio de sus nobles, que se tranquilizasen; pues el paso que daba habia sido dictado por su gusto y por complacer á sus dioses. Al llegar á la puerta del cuartel, salieron á recibirle algunos oficiales españoles, á quienes acarició afablemente. Viendo que el pueblo se agolpaba, y queriendo evitar todo conflicto, le ordenó, por medio de sus ministros, que se retirase, y amenazó con la pena de muerte á cualquiera que promoviese el mas ligero motin.

Moctezuma fué recibido por los españoles con las mas altas distinciones, y se dirigió á las magníficas habitaciones que habia elegido, donde le esperaba su numerosa servidumbre.

Hernan Cortés mandó á todos los españoles, lo mismo que á los aliados, que le tratasen y le sirviesen con el res-



peto debido á su dignidad, y con las consideraciones de á un alto monarca.

Bien pronto se vieron las nuevas habitaciones de Moctezuma respirando la misma animacion que las del palacio en que habia vivido. Allí daba audiencia libremente á sus vasallos; recibia á los embajadores de diversos reinos; escuchaba las peticiones de los gobernadores; consultaba con sus consejeros y ministros, y gobernaba con ámplia libertad el reino. Pendientes de sus órdenes, y dispuestos para hacerle compañía, se hallaban siempre los principales personajes de la corte por él escogidos. Tenia numerosos criados. Vivian con él sus mujeres, y le servian la mesa con la misma abundancia, lujo y esplendidez que en su palacio. Parco en la comida, despues de haber escogido los platos que mas le agradaban, repartia los demás entre los soldados españoles que le asistian y entre los nobles aztecas que tenia á su servicio. Bondadoso y franco, no se ceñia su generosidad únicamente al obsequio que hacia á los castellanos con los ricos manjares que le servian, sino que, con frecuencia, agregaba otros magníficos regalos.

La bondad del espléndido monarca azteca cautivó á los soldados españoles, que empezaron á sentir hácia él un aprecio y un respeto profundos. Su bondad, su afabilidad, conquistaban las simpatías de los que le rodeaban. Ningun español, ni aun el mismo Cortés, pasaba por delante de él sin quitarse la gorra ó el casco, con sumo respeto y consideracion (1). Nadie tomaba asiento en su presencia,

(1) «Siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas é cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran medida y honra á todos.»—Bernal Díaz.

si no le invitaba antes á tomarlo. El caudillo castellano era el primero que se esmeraba en tratarle como correspondia á su elevado rango.

Todas estas consideraciones y respetos hacia el monarca azteca las presenciaban, á todas horas, los nobles; pero al través de las demostraciones de aprecio, creian traslucir algo que revelaba que su soberano se hallaba preso. Cacamatzin, su sobrino, rey de Texcoco, así como el señor de Iztapalapan, que habian ido á visitarle, sospechando la verdad, se ofrecieron á levantar sus ejércitos para libertarle; pero Moctezuma les aseguró que no era cierto lo que recelaban; que su permanencia en el cuartel español reconocia por causa obsequiar una disposicion del dios Huitzilopochtli; que se guardasen, por lo mismo, de promover ninguna asonada; y que si algun dia necesitaba de su favor, les avisaria sin demora.

El sobrino y el hermano del monarca no se atrevian á dudar de sus palabras; pero la vigilancia constante que veian observar á los españoles se oponia á que diesen entero crédito á ellas.

Bajo la apariencia del respeto, creian ver, con bastante claridad, una verdadera prision. La entrada principal del edificio estaba cuidada por una fuerza de arcabuceros y cuatro piezas de artillería. Todas las puertas que daban salida á la calle se hallaban defendidas por fuertes guardias de ballesteros y soldados de espada y rodela. De noche y de dia recorrian diversos vigilantes los patios y los jardines. Las azoteas y las torres del muro que cercaba el palacio, tenian dobles centinelas; y una guardia, bajo las órdenes de Velazquez de Leon, se hallaba constantemente